

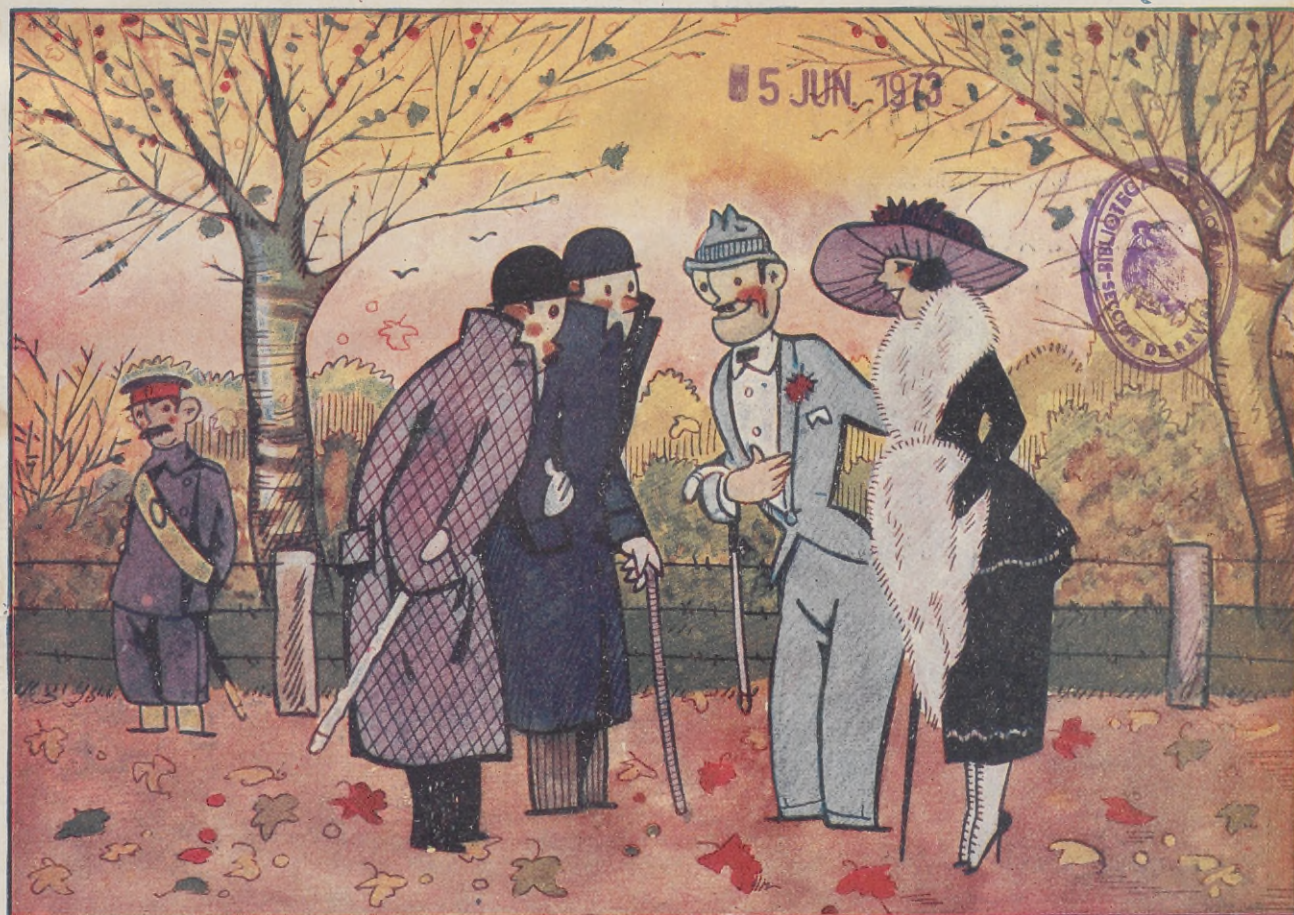
Año 1923, tomo I, nº 1 a 3
" 1924, " II, " 4 a 30

LA GRACIA

REVISTA CÓMICA

Núm. 1.

30 cts.



—Pero, chico, ¿con este día tan glacial no tienes frío?
—No, chico, ¿no ves que voy con mi prima... Vera?

Portada de LINAGE.



—¿Pero qué empeño tiene usted en que yo le dé una manzana?
—Señora, porque esto es el Paraíso, usted es Eva... rista y yo soy Adán.



—¿Cómo sigue tu primo?
—Acabó de penar.
—¿Cómo, murió el pobre?
—No, la que ha muerto es su suegra.

LA GRACIA

MADRID. — CALVO ASENSIO, 3
APARTADO 8.008.

Fundador: JOSE DE URQUIA

AÑO I. — 13 Diciembre 1923. — NUMERO 1.

EL FOLLETIN

PUBLICARÁ MAÑANA VIERNES

Los trabajadores del mar

(TOMO SEGUNDO)

VICTOR HUGO

132 páginas. 40 cts.

La novela TEATRAL

publicará el próximo domin-
go la opereta en tres actos

NANCY

original de

LUIS GABALDON

30 cts.

AL LECTOR

La premura con que ha sido confeccionado este primer número, no da idea al lector de lo que en lo sucesivo habrá de ser esta Revista festiva, la cual, por la originalidad de sus secciones, el prestigio y selección de sus colaboradores especializados en este género de literatura cómica, la gracia de sus dibujantes y el número de sus páginas en tricolor y dibujos en negro, la distinguirán notablemente de todas las revistas similares, para las cuales tenemos un cordial saludo.

Rogamos a nuestros lectores nos sigan consagrando su atención, en la seguridad de que nuestro esfuerzo, en lo futuro, habrá de corresponder a su favor. LA GRACIA será, a partir de los próximos números, la primer Revista cómica de España. Léannos.

AGENTE EXCLUSIVO PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS.**
9.ª Avenida Sur, n.º 8. — Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires. 20 centavos.
En el Interior del país 25 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados. No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos. — No se abonan otros trabajos que los solicitados.



—¡Tunante! ¿Por qué has arañado a tu hermanito?
—Porque había cuatro caramelos; yo me he comido cuatro, y el muy egoísta no ha querido dejar el otro para mi papá.

(De «Le Rire».)



—¿Qué ha hecho usted para haber prosperado tanto?

—Me dedico a lacero: me paso el día cogiendo "perras".

(De «Le Rire».)



—Mi niño es muy bueno; es un pedazo de pan.
—Sí, señora, sí; ya se ve que es un zoquete.
Dibujo de LINAGE.

El empleado nuevo

—Pase usted. Muy buenos. ¿Usted es el que ha traído la carta de presentación para quedarse en la plaza vacante?

—Sí, señor, y le doy las gracias porque como los tiempos están así...

—¿Cómo? Porque no me he fijado cómo señalaba usted.

—Quiero decir así de malos.

—¡Ah, sí, sí! Muy fríos.

—Y difíciles para comer.

—¿Tiene usted la dentadura picada?

—No, los picados conmigo son los comestibles, que han debido enfadarse una barbaridad y apenas me trato con ellos.

—Quizás por falta de metálico, ¿eh? A que he puesto el dedo en la llaga.

—¿Cómo el dedo? ¡Ha puesto usted la mano entera! Por eso, al saber que aquí voy a tener un empleo y por lo tanto un sueldo, me corre por todo el cuerpo una alegría como si me hubiese tragado un silo de colmos, chistes y chascarrillos.

—Pues nada, que dure ese contento. ¿Cómo se llama usted?

edad para protestar ni para escoger el onomástico, así es que ellos se aprovecharon y me pusieron Lohengrin, como me pudieron poner Sigfredo o Tanhauser.

—Claro, o el oro del Rhin o el buque fantasma, que también son obras musicales del mismo autor.

—Sí, señor, pero si a mí me ponen eso del oro, con las fatigas que estoy pasando, crea usted que tengo un disgusto con la memoria de mis papás.

—Y, vamos a ver, ¿usted conoce el francés?

—¿El francés? ¿A cual? Porque si es uno que tiene una relojería, u otro que es viajante u otro que...

—No, no; el francés que yo digo no es ninguna persona. Es el idioma francés, la lengua.

—¡Ah, ya! Pues le conozco de oídas. Por ejemplo, si estoy en un café y a mi lado hay unos señores que hablan algo que yo no entiendo, en cuanto les oigo decir "gui", en seguida exclamo: ¡Francés!

—De manera que hablarle usted, no.

—Lohengrin Pérez.

—¡Caray! Lohengrin ¿es usted el de Wagner?

—No, señor, el de don Prudencio Pérez, mi difunto padre. Eso del nombre fué un capricho de mamá, asimismo difunta.

—¡Dios la haya perdonado!

—¿El haberme bautizado con ese nombre?

—En general. No lo digo porque su señora madre cometiese faltas dignas de perdón, sino porque todos los mortales lo merecemos.

—¡Ah, claro! Era muy partidaria de la ópera en general, de Wagner en particular y al nacer yo tuvo ese capricho. Yo, como usted puede comprender, no tenía

—Ni palabra, pero eso no importa, porque dejo que a mi lado le hable quien quiera y lo sepa. En eso no soy exclusivista, ni tengo egoísmos. ¡Ah, y conste que lo mismo me pasa con todos los idiomas!

—¿Y la máquina de escribir la conoce usted?

—¡Esa sí, perfectamente! No tengo más que verla para decir: Esta es una máquina de escribir. Lo propio me sucede con las de coser y con las del tren y con todas. A Dios gracias soy bastante listo para apreciarlas a simple vista.

—¿Corre usted mucho?

—Cuando quiero coger un tranvía.

—No, hombre, pregunto escribiendo a máquina.

—¿Escribir? No, no sé.

—Pero ¿no me ha dicho que la conocía?

—¿Y no le he añadido que me basta ver una para saber lo que es?

—De modo que tampoco podemos contar conque escriba a máquina. Supongo que de cuentas andará usted muy bien.

—¡Oh, de eso no hay hablar! De cuentas tengo hasta el límite. Cuenta del sastre, del zapatero, del tendero, de un kiosko de necesidad, del carbonero.

—Pero, ¿qué cuentas son esas?

—Tomá, las mías, las que debo. No sabe usted lo difícil que está la vida.

—Yo hablaba de si sabe hacer las necesarias operaciones de Aritmética, si sabe llevar unos libros.

—¡Haberlo dicho! Pues claro que los sé llevar. ¡Los que tengo yo llevados a mi casa, pidiéndoselos a los amigos! ¿Ve usted todo el "Rocambole"? Pues me lo he leído así, por habérmelo llevado así, de la casa de un cuñado mío.

—En fin, concretando; ¿qué sabe usted hacer?

—Pues lo mío, mi oficio.

—Pero ¿usted qué es?

—¿Yo? Guarda de noche.

—Serenos, ¿no es eso?

—Completamente sereno y como sé que usted lo necesita para el almacén.

—¿Almacén? Aquí son unas oficinas.

—Pero, ¿no es esta la funeraria?

—¿Qué ha de ser!

—¡Y me hace usted el padrón para eso! Vaya, abur. Es lo que yo me decía: para guardar los trastos por la noche, ¿para qué necesitaré yo hablar francés?

A. R. Bonnat

INTERVIUS COMICAS

Por esta sección despararán los más altos prestigios de nuestro mundo intelectual: escritores, artistas, políticos, médicos, militares, los cuales referirán al lector las más cómicas anécdotas ocurridas a ellos en el curso de sus respectivas profesiones. Un escritor admirable, especializado en este género de literatura y recientemente consagrado en las columnas de un popularísimo diario, escribirá estas interesantes y originalísimas intervius. El glorioso maestro Carlos Arniches inaugura esta sección.



Caricatura de TOVAR.

Don Carlos Arniches acoje nuestra pretensión pleno de cordialidad. Suspende su trabajo y se dispone a complacerme.

—¿Cosas graciosas que contar? Me han ocurrido tantas en mi vida—me dice—, que casi necesito tiempo para recordarlas. De momento me acuerdo de una que tiene interés.

Acabábamos de estrenar en el Cómico "Alma de Dios", que como usted sabe, era de García Alvarez y mía, con música del maestro Serrano. Una noche estaba yo en el despacho que había antes de llegar al cuarto de Chicote y uno de los

porteros me pasó recado de que el diputado a Cortes por Chueca, padre del maestro Serrano, tenía interés en saludar a los autores. Como es natural, yo dije al portero que tendría mucho gusto en recibirlo. Se fue el portero y al momento volvió acompañando al señor diputado.

El hombre se corrió un poco, pero se rehizo en seguida y acercándose a mí, me saludó cortesmente:

—¿Cómo está usted, señor García Alvarez?—dijo el diputado al tenderme su mano.

Yo, un poco azorado ante la confusión, contesté:

—Bien, ¿y usted?—y esperé a que el curso de la conversación me diera ocasión para deshacer el equivoco, pero no pudo ser. El señor diputado dijo muy serio:

—A usted no tengo el gusto de conocerlo, pero con el señor Arniches me une una gran amistad. Le conocí en Valencia, y varias veces hemos comido juntos...

Yo me quedé como puede usted suponer, y ya me propuse no sacar a dicho señor de su equivoco para no crearle una situación violenta. Hablamos de cosas triviales y el buen hombre daba muestras de estar encantado.

—Pues bien, señor García Alvarez, no sabe usted cómo celebro conocerlo a usted también. Yo, en mi juventud, escribí para el teatro, pero me desengañé pronto. Es muy difícil.

En esto entra García Alvarez en el despacho y se quedó de una pieza al ver que aquel señor me llamaba a mí por sus apellidos. Yo, como es natural, esperé que el diputado saludara a mi colaborador tomándolo por mí, pero nada, no lo conocía ni por García Alvarez ni por Arniches, y yo, dispuesto a seguir adelante, dije:

—Aquí tiene usted a mi colaborador, el señor Arniches.

—Este señor—dijo a García Alvarez—te conoce mucho. Habéis comido juntos en Valencia varias veces.

—Sí... Es posible... Conoce uno tantas caras... Además, yo soy mal fisionomista. Usted me perdonará.

—Hombre, no faltaba más. Además, fué hace ya algún tiempo.

Y dirigiéndose a mí, siguió el hombre:

—Pues sí, señor García Alvarez. Yo también escribí en mi juventud, pero, nada, cosas sin importancia. Lo de ustedes sí que está bien. ¿Preparan ustedes algo más?

—Sí, tenemos otras cosas en el telar.

En esto, entró el maestro Serrano, que se quedó estupefacto al ver como aquel señor me llamaba a mí García Alvarez y a García Alvarez, Arniches, y lo que más le sorprendió fue el desparpajo con que nosotros le sosteníamos en su error. El samete que se estaba desarrollando en el despacho trascendió a los cuartos, y, a poco, llegó Chicote y después Loreto, y sucesivamente todo el que iba saliendo de escena pasaba por allí, se asomaba, ahogaba una carcajada y desaparecía. Pero nuestro nombre, encantado de nabernos saludado, por fin se despidió:

—Pues, nada, señor Arniches (a García Alvarez), espero que pronto tendré ocasión de saludarlo a usted en Valencia y comeremos juntos. Así reafirmará usted mi imagen y otra vez no le seré a usted desconocido, y a usted, señor García Alvarez, no quiero decirle el interés que tenía en conocerle. Ni que decir tiene que está usted invitado también.

Y se marchó.

Serrano nos quería matar. García Alvarez exigía que le explicara el equivoco, y yo, muerto de risa, no les hacía caso ni a uno ni a otro. Por fin, les conté lo ocurrido y durante varios días, para seguir la broma, en el Cómico llamaban Arniches a García Alvarez y a mí, García Alvarez... Así, que me acuerde de momento, eso tiene gracia. También dió ocasión a que pasáramos buenos ratos de risa otra cosa que nos ocurrió en Valladolid a Celso Lucio y a mí. Trabajaba en aquella capital Emilio Carreras y fuimos a estrenar "Los Aparecidos". Llegamos a mediodía y tuvimos la fatal ocurrencia de entrar en el Casino, y nos dejaron sin una peseta. Perdimos hasta el último céntimo. Llegó la noche, se hizo la obra y tuvimos un éxito grande, ruidoso. El público no dejó de reír. En el teatro no había más personas serias que Lucio y yo. Terminó la fun-

ción y nos fuimos al hotel. A poco sentimos música en el patio, y el dueño que sube muy contento:

—¡Don Carlos! ¡Don Carlos! Ha venido una orquesta para dar una serenata en su honor.

Inmediatamente Celso y yo pensamos que tendríamos que obsequiar a los músicos, gratificarlos... algo que no podíamos hacer, porque no teníamos un perro. Tuvimos una idea genial. A las dos de la madrugada salía el exprés. Teníamos billete de ida y vuelta. No dudamos un momento. Por la puerta de las cocheras, escondiéndonos de todo el mundo, salimos a la calle y corriendo emprendimos el camino de la estación. Cuando salíamos del hotel, la orquesta tocaba en nuestro honor un precioso paso-doble...

Don Carlos se queda como adormecido, en la evocación de aquellas horas.

El despacho, pleno de cordialidad y decorado con un gusto próspero, la figura del ilustre sainetero, de porte aristocrático, encaja perfectamente. Cuanto nos rodea da idea del esfuerzo y del trabajo extraordinario que supone la vida del autor de tantas obras admirables, del creador de tantos tipos, tan plenos de humanidad...

—Recuerdo otra anécdota también lejana y que también nos hizo reír mucho. Principiaba el siglo XX. Sinésio Delgado, López Silva y yo, escribimos una revista que se titulaba "El Siglo XIX", que se estrenó en Apolo. Trabajaba en ella don José Mesejo. Uno de los cuadros era una evocación de los primeros años del

siglo que acababa de pasar. Con un sencillo asunto evocábamos aquellos días y el ambiente de los sainetes de don Ramón de la Cruz. Se trataba de un baile de candil. Don José Mesejo salía a escena vestido con casaca rameada, calzón corto, medias de seda y zapatos. Llegó la noche del estreno. Salió don José Mesejo e hizo sus primeras escenas maravillosamente. Terminó y salió del escenario y se fué a su cuarto. Al poco rato tenía que volver a escena para desenlazar el episodio, pero mi buen don José había olvidado esto, y al llegar a su cuarto, se desnudó. Cuando llegó el momento oportuno, el segundo apunte empezó a gritar por las cajas:

—¡Don José, a escena! ¡Don José, a escena!

Don José no parecía.

—Pero ¿y don José?—me preguntó a mí.

—Por ahí está—le contesté yo.

—¡Don José! ¡Don José!—siguió gritando el segundo apunte.

—¡Don José, don José!—empezamos a gritar todos.

El buen don José salió, al fin, a la puerta de su cuarto y preguntó todo alarmado:

—¿Qué pasa? Señores, ¡qué escándalo!

—¡Don José!—gritó el segundo apunte—. Que tiene que salir otra vez a escena.

—¿Yo?...

—Claro, hombre—exclamé yo.

—¿Pero de veras?

—Sí, hombre. Si el desenlace lo hace usted.

—Pero, cómo, si...

Y abriendo la capa en que estaba envuelto, se me ofreció en paños menores. Mientras tanto, los que estaban en escena, que no sabían qué hacer, habían inventado una bronca y estaban formando un escándalo imponente, con gran regocijo del público. Don José, todo contrito, llegó hasta mí.

—¿Pero cómo salgo yo? ¿Qué digo?

—Salga usted así, y diga que no griten tanto. Lo que se le ocurra. Pero, pronto.

Don José se envolvió en la capa, y, muy decidido, entró en escena. Dirigiéndose a los actores, gritó:

—¿Qué pasa? ¿Qué escándalo es este? ¡Silencio! Señores, qué manera de gritar. Me habéis hecho que me levante de la cama.

Y volviéndose al público abrió un poco la capa para que vieran que estaba en paños menores, y después de imponer silencio, nuevamente abandonó la escena y bajó el telón. El público aplaudió con calor y el incidente fué muy reído. Y no recuerdo más. Si me hubiera usted dado tiempo para pensar... Me han ocurrido muchas cosas... Muchas.

Nuevamente las evocaciones se reflejan en el rostro del maestro.

Nos despedimos.

Don Carlos necesita estos días todos los minutos. Trabaja afanoso en ultimar una obra próxima a estrenarse en la Comedia.

Será un éxito más...

Así lo deseamos.

V. Gutiérrez de Miguel





- Aquí debe ver. Entremos
- Buenos días. Me ha... me ha... me hace "vste" el favor? ¡Cenillas!
- Estartámudo? ¿que pena!
- No, que me puse nervioso al mirarla a "vste" tan fea
- Ahí tiene U. las cenillas
- ¿Sabe Ud si estan enteras?
- No sé, quítele el precinto y lo verá.
- No se ofenda



Es que acababan de decirme que aquí había una estanquera, tan juncal y tan hermosa que quitaba la cabeza... y dije: a ver si a los mixtos les alcanza la influencia

- Serian cenillas locas...

- ¡Si habian perdido la cabeza!

- Claro, locas de remate, no podian estar cuerdas si las tocaban sus manos

¡Camará, que mña esta!

Ahora yo me fumaria un cigarro de a pereta si no se hubieran quedado con la pipa la Nemerita.

- Yo tengo tambien: si quise...

En el estanco

LETRA DE

M.F. CONDE

GARABATOS DE e l l o n

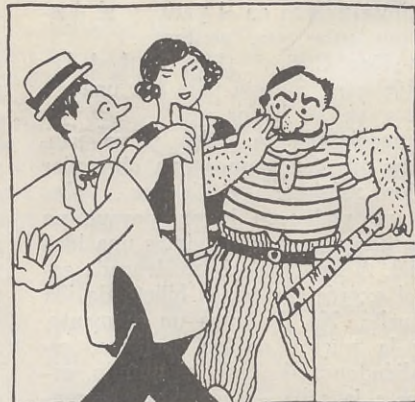
- ¿Que vale? ¡Muy duros? Venga
- Hombre, no tanto: es de corcho
- ¿De goma crei yo que era
- Pues no señor; es de pluma y corcho, Total dos perras



- Bueno, pues, deme el cigarro
- ¿Quiere Ud cigarro u breva?
- Lo que Ud me dé, cerana; que aunque la puntilla fuera con gusto la tomaria si de sus manos viniera, porque ¡hay que ver! que carita y que boca... y que caderas... y que ojos... y que chocho debe estar su amante, pena, con una mujer tan linda, tan juncal, tan sandunguera
- Diga: no me de la lata que no es hoy mi tanto ¡pelma!



- Voy a encender el cigarro que la cosa ya va "güera"



- Pa saber echando humo no hace falta que lo encienda vera "vste": Saturno baja...
- Niña, no sea Ud tan fiera. A ver cuando nos belemos juntos un par de botellas y le cantare esta copla: "Mira que bonita era, se parecia a la Virgen de Consolacion de Uthura. Saturno ¿te has vuelto rondo? Baja, que esta aqui Juan Breva"



- Aquí esta un hombre ¿que para?
- Este niño, que me entrega un duro por las cenillas el cigarro de a pereta y es un mil reales de colita. Anda, dale tu la vuelta
-
- No hizo falta por que el mozo de un brinco saltó a la acera



Una equivocación

Para zeño Curro, er Pito, la vida era una completa esaborisión.

Si la mala pata puede vincularse en una persona, ya podría asegurarse que aquella persona era él.

Hombre de más mala suerte no ha nacido de madre.

Ya, desde pequeñito, lo persiguió la desgracia con fiero ensañamiento. No hubo age pueril que no clavase en él sus garras y sus dientes: sarampión, escarlatina, garrotillo, y por último, las horrendas viruelas, que le pusieron la cara lo mismo que un dedal de sastre.

Un desastre fué aquello.

Pero aún así y todo, a pesar de su rostro corcusido y lleno de altibajos, que parecía un mapa de la luna, Currillo er Pito quedaba aún bastante presentable, gracias a los dos luceros de azabache que tenía por ojos.

¡José y qué cosa má represiosísima!

Donde él clavaba las saetas de fuego de aquel par de clisos, ¡zás! ¡una mujer privá! Las atraía con aquellos focos infecciosos, como a las alondras el espejuelo.

Y esto, en medio de la terca y tenaz mala suerte de Currillo, era para el jararandoso tenorio una compensación y un consuelo.

Pero ¡ay! que la "jetatura" no se daba por vencida; y fué a atacar al mozo en lo que éste—y cualquier otro—tenía con más aprecio.

Una funesta mañana, en que Currillo, hecho un brazo de mar, paseaba sus hechuras por la plaza, llena de chavalas como rositas de pitiminí, un maldito chavea que con otros tales jugaba a la toña, sacudió su palo con tal fuerza y con tan desventurado acierto, que la birla, como empujada por el mismísimo manguo, fué en derechura a hincarse en uno de los ojos del galán, dejándolo completamente huero.

¡Vaya por Dios y por las Oncemil y pico!

Aquello fué una catástrofe mundial.

¡Tuerto, Currillo er Pito! Era cosa de ponerse de luto riguroso, de empezar a doblar las campanas y de llevar a la funerala las armas de toda la guarnición.

¡Tuerto Currillo!...

Y tuerto se quedó, con su ojo medio cuajado que daba frío verlo.

Pero con el tiempo llegó el consuelo, y la coquetería del mozo halló un modo de poner remedio a su mal.

Currillo alargó el rizo que le caía sobre la frente, estirándolo y retorciéndolo como un seis, hasta encimita mismo del ojo inválido, y con esto, y lo de inclinar la gorrilla hacia el lugar de la reparación, nuestro hombrequito quedó hecho un hombre.

¡Pues si hasta gracia le hacía al condenado, el chavito aquel, de ébano, que parecía un garabato, para enganchar corazones!

Currillo quedó aún muy presentable con su ojo, tan hermoso como el de Aucón o como el de la princesa de Eboli, y las mocitas continuaban acudiendo al reclamo de la ardiente pupila. ¡Arriba, Currillo!

Una tarde, al revolver de una esquina, no diré yo que había un convento abierto, como cantan las niñas en el corro, pero sí, que apostado en ella, estaba un hombre, un tío de malísima sangre, ciego por el



—¿Qué te parece aquella doncella tan estupenda?
—Que lo de estupenda... pase; pero lo de doncella...

Dibujo de L. ENCISO.

despecho y rabioso por vengar yo no sé qué ofensa, quien, confundiendo a Currillo con el ofensor, al pasar el Pito junto a él, lo sacudió tan tremendo puñetazo, que aplastándole el "chavo", acabó de vaciarle el ojo.

Terrible, naturalmente, fué el grito que lanzó el infeliz, rodando por tierra, pero no lo fué menos el que el ciego agresor exhaló al ver a sus pies al pobre Currillo, contra el que no abrigaba mala voluntad alguna.

—¡Jozú, compare de mi arma!— exclamó el propinador del fiero mamporro—. ¡Perdóneme usted, por la salusita suya, que yo le juro que no iba con usted la cosa! ¡Perdóneme usted, zeño Curro, que me he equivocado!

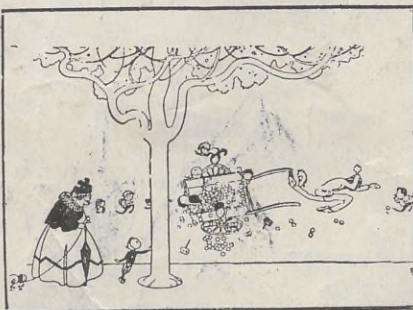
Y el zeño Curro, er Pito, reaccionando y llevándose la mano al sitio en que estaba el ojo huero, exclamó, a su vez, lleno de indignación:

—¿Que z'ha equivocado usted, zo malánge? ¿Pero e que apuntaba usted al gueno?...

V. Díez de Tejada

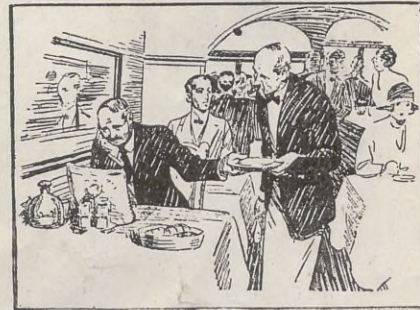


—Usted tiene una gran factura.
—¡Ah, ya comprendo! ¿Viene usted de parte de mi sastre?



LA ABUELA.—¡Cómo me agrada ver que tú no tomas parte en las diabluras de tus amiguitos! ¿Quieres decirme la razón de tu buena conducta?

EL CHICO.—¡Oh! Yo dejo siempre el trabajo a los otros, pero la idea es mía.



—Mozo, hay un pelo en esta tortilla. La prefiero calva.

(De «Caras y Caretas».)



EL SEÑOR QUE TOSE

Ya llegó el invierno. El invierno es, en la casa rica, alfombras; en la pobre, reniegos, y en el teatro, toses.

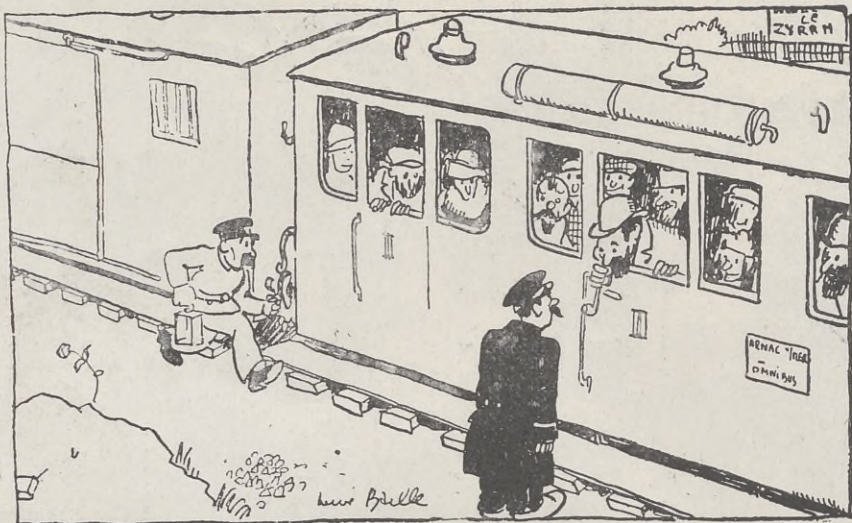
El hombre, en cuanto se acatarró, se va al teatro. A veces, cuando va al teatro, se acatarró. No se sabe, realmente, cuál de las dos molestias es la primera y cuál de ellas engendra la otra. Lo cierto es que, tan pronto como aprieta el frío, la gente que está acatarrada y no sabe cómo curarse, resuelve irse al teatro.

La mujer del acatarrado va a que la vean; el acatarrado va a que le oigan. Una luce sus joyas; el otro sus pulmones. La esposa, alguna vez, se entera de lo que está sucediendo en el escenario; pero, por lo general, se abandona al deleite de charlar con su marido en voz alta durante la representación. Sólo en los entreactos es cuando baja el tono y cuchichea. El esposo, atareado, no sabe más que toser; para eso ha pagado su butaca, para eso ha salido de casita, para eso tiene una caja torácica y para eso se ha constipado.

¡Y cómo tose! Ahueva los ojos; saca un pedazo de lengua, gorda y asquerosamente escarlata; salpica a su alrededor con gotas de saliva caliente; atina a enredar las toses, como cerezas, y hace como que se ahoga durante varios minutos. Hace como que se ahoga. Pero no hay cuidado.

El único inconveniente que tiene este, por lo visto, divertido entretenimiento de toser, es la competencia. También, entre el gremio de tosores, existen envidias, rencillas, copas invisibles, pero codiciadas, que alguna divinidad farmacéutica reparte desde lo alto. El gozo de toser tiene la hiel de ser toso. Claro que hay categorías, y que, para deleite del que ama los versos bonitos y las situaciones culminantes, todos los hombres que van al teatro a que les oigan toser, no tosen del mismo modo. Toser es un género literario como otro cualquiera, con su técnica, sus normas, sus efectos y aun sus artimañas. La tos meliflua y lírica no tiene nada que ver con la cavernosa, de marcado carácter épico. Hay quien tose por amor a la tos, sin más propósitos ulteriores; otros hermanos nuestros se descuajan el gañote con el decidido deseo de molestar a los de la farándula, exteriorizando así, de delicada manera, su desconformidad con la interpretación.

Estas noches frías oímos toses que son arpegios, y toses que son gañidos. Lo que más interés ofrece a los que van al teatro cuando no padecen catarro, es la variedad de toses, el concertante que forman, tan distintas, tan unánimes, tan musicalmente múltiples. Entre ellas existe una cortesía que resulta ejemplar. Cuando acaba una tos, empieza la otra. Parece que guardan tur-



LAS NUEVAS TARIFAS FERROVIARIAS.

—¿Por qué ha tocado usted el timbre de alarma?

—El billete es tan caro que ¿no da derecho a usar de todo?



FEMINISMO EN ACCION.

—Diga usted que mi marido no puede ir hoy a la oficina, porque se nos ha marchado la criada.



—No te extrañes que se me olviden los años que tengo, porque todos los años cambio de edad.

(De «Le Figaro»)

no; que se dicen unas a otras, amablemente: —“No, no; de ninguna manera; usted primero”... Sólo cuando, en la escena, el traidor va a ser descubierto, las toses, todas las toses del teatro, y aún las de otras partes del mundo, se confabulan, se ponen de acuerdo, se sindicán, para estallar de golpe, al mismo tiempo, o con preciosas intermitencias de fusilería graneada. El efecto es conmovedor, y esos hombres amarillos que padecen del estómago o del hígado, pasan un rato inolvidable.

Lástima que el hombre este del invierno, que tiene el valor de no que-

darse en su domicilio bien arropado, exponiéndose a los rigores de la intemperie y al peligro de una recaída, en lugar de permanecer en la butaca no salte al escenario. Porque su verdadero sitio está allende las candilejas. El solo constituye un espectáculo. En realidad, los que pagamos la butaca, a quien oímos no es a los actores, sino es a él. Y, si se nos preguntase para contarle en cualquier interviú, declararíamos que no nos ha pesado casi nunca.

E. Ramírez Angel

Compre Vd. el sábado LA NOVELA CORTA

TIPOS EXTRAORDINARIOS

El torero que nunca toreó

Tenía una coleta que era como una lagartija subida a su coronilla. Era una coleta que sin dejar de ser negra, resultaba un poco leonada. Tenía aire de venenoso guizque.

Todo el gesto de aquella persona era el de llevar la airada coleta que era también como el asita de su persona o el agarradero por donde colgarle junto a los demás polichinelas humanos en la percha de los tipos absurdos.

Muchas veces se contemplaba en su sombra satisfecho de tener aquella silueta arbitraria con tipo cañí, sugeridora en la pantalla de las miradas femeninas de un torero de cartel, de un valiente y arriesgado matador de toros bravos.

¡Con qué delectación se trenzaba la coleta y la sacaba punta como a un bigote! Era aquella falsa coleta del falso torero como el apéndice de un ideal, como la punta salida fuera de su mayor ilusión.

Por las mañanas Macario hacía su toilette frente al tríptico en que se afeitaban los que saben hacerlo y cambiaba impresiones consigo mismo como si fuese él su apoderado y además ese amigo íntimo que siempre acompaña a los grandes toreros en sus excursiones. Le daba ánimo aquella tertulia con el retabillito de los espejos.

Sacaba del armario la camisa escarolada cuyos menudos rizados de los pliegues rizan las planchadoras con horquillas calientes, en paciente labor que sólo soportan por fomentar el torero patrio.

En vez de corbata adornaba el cuello con la botonadura de solitarios.

Se ponía el traje claro del optimismo con que los toreros se pasean igual por la noche que por la mañana y cubriéndose con el calañés color perla que cepillaba con las caricias con que se peina a un sombrero de copa, salió a la calle.

Unas veces era en una ciudad y otras en otra. Escogía las fondas dichosas en que se come muy bien y una mujer muy madruguera—la Dora o la Burgalesa o la de Calahorra—lo tiene todo muy limpio y muy blanco.

El falso torero había entendido la vida. Se lucía. Tomaba los más alegres vermouths, "paliqueaba" con las hembras de ojos enormes, disfrazaba las mejores cañas de manzanilla adornadas con toda serie de "tapas" y las adeitunas con bichito dentro le recreaban como ligeros pasatiempos que ayudan como nada a pasar la vida.

Siendo tan fácil llevar una coleta apócrifa ¿por qué no se va a usar si es como entorchado de general de voluntarios?

—Mira, tiene coleta!—se decían los

niños con un "¡Ahí va!" de admiración profundo y verdadero.

Nadie dudaba que fuese torero y torero bueno por el lujo que gastaba, siempre con botas de charol de las de caña color "champagne".

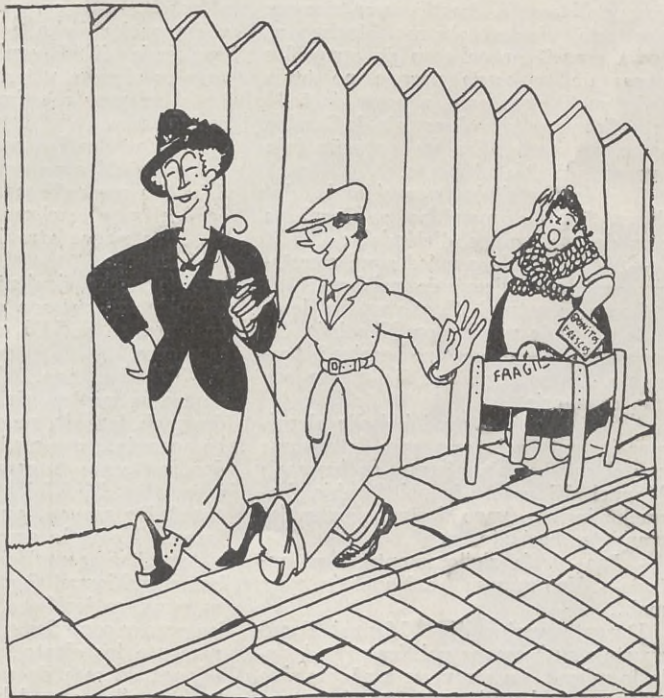
Pero en la asiduidad todo el mundo indagaba ya qué torero era aquel y tuvo miedo de que al descubrirse la verdad le sentenciasen a la más deshonrosa de las mutilaciones, cortándole la coleta, nerviosa, viva, que le anunciaba los días lluviosos y los días secos, según las actitudes que tomaba.

¡Qué tiesura tan horripilante la suya los días de tormenta!

Entonces se fué al extranjero con billete para "Cinelandia" y allí sentó plaza de falso torero para las películas en plazas simuladas con toros mansos y toros que llevaban dentro un pacífico pelicularo y cuyos cuernos eran de cauchú.

Macario había cumplido su ideal. En "Cinelandia" nadie sospechaba que era un falso torero y aceptaban agasajándole y llevándole en hombros como a los buenos toreros aquella renuncia al torero con riesgos en honor a los progresos del cine.

¡Qué trajes de luces para la pantalla! Macario se vestía como para las grandes corridas y tenía hasta su ca-



PREGON CALLEJERO.

—...los llevo hoy. ¡Uy, qué bonitos!

Libujo de BELLON.

pilla para encomendarse a la Virgen de los Dolores.

Le tocaban pasos-dobles y todo durante la ejecución de las películas españolas que impresionaba porque como él decía "sólo así se consigue el ritmo de la verdad".

Así llegó a cobrar Macario o el falso torero que nunca toreó tanto como un matador de primer cartel. ¡Qué gran idea haberse dejado a tiempo la rúbrica de aquellos cuatro pelos largos de la coleta!

R. Gómez de la Serna

LAS BOTAS DEL MUERTO

Napoleón Sarabia, escritor que no escribía nunca, cayó un día gravemente enfermo. No se sabe qué mal le aquejaba. El corazón, su gran corazón hidalgo, parecía funcionar normalmente. El estómago, del que jamás había hecho uso excesivo, tres cuartos de lo mismo. El cerebro, aquel gran cerebro destinado a producir bellas cosas, y de ordinario inactivo, ídem de lienzo. Y, sin embargo, Napoleón Sarabia se moría.

Al menos hallábase postrado en calidad de agonizante sobre el lecho que constituyera toda la vida la tortura de Ana, su mujer. Sarabia solía pasarse los días y aun los meses en la cama fumando pitillos, leyendo o soñando.

Cuando, no sabiendo ya en qué pasar el tiempo, le acometía la tentación de trabajar, en la cama escribía. El tá-lamo nupcial era la órbita en que se movía aquel astro de las letras.

—¡Dichosa cama! ¡Voy a prenderle fuego!—gritaba a veces la bondadosa Ana, agotada ya su paciencia.

Sarabia, por toda respuesta, daba una chupada al cigarro o hacía un gesto olímpico desde su altura de hombre superior.

La noticia de su gravedad no conmovió al círculo de sus amistades. Como no tenía dinero, ni influencia, ni nada, pues a nadie se le ocurrió asomar las narices por la trágica mansión del

poeta. Sólo García, su fiel secretario. Porque Napoleón Sarabia tuvo siempre secretario. No cobraba un céntimo ni podía especificar en caso de apuro las tareas de su cargo porque no tenía nada que hacer; mas, a pesar de todo esto, García estaba al servicio de Sarabia como secretario. Era un pequeño lujo que se permitía el poeta.

Cuando necesitaba, por ejemplo, dos duros, Sarabia mandaba a García a casa de sus amigos, diciéndole:

—Ahí le mando a usted a mi secretario, que le explicará de palabra...

Como es natural, García estaba desolado. Si se le moría don Napoleón ¿le sería fácil encontrar otro empleo? Acaso no. No se topa tan fácilmente con una secretaría.

Además de éste, acudió desde el primer instante a la casa para interesarse por el estado del enfermo, su hermano Manuel. El gran Manuel Sarabia, borracho insigne, vago ilustre, cincuentón, grandote, barbudo.

—Ana—decía sigilosamente a su cuñada—. Veo muy mal a Napoleón, muy mal...

Durante varios días, Manuel llamó aparte a su hermana política para decirle lo mismo, sin atreverse a añadir algo más que le hormigueaba en el cuerpo. Al fin una noche deslizó esta pregunta:

—Escucha, Ana. ¿Dónde tienes las botas de caza de Napoleón?

Napoleón poseía, en efecto, unas magníficas botas de caza llegadas a sus manos o, mejor dicho, a sus pies de modo que sería difícil explicar. Constituían toda su riqueza y todo su orgullo. Las tenía en mayor estima que a muchos amigos.

—¿Dónde andan esas botas, di?

Ana señaló a un armario donde guardaba las maravillosas botas, y Manuel echó al mueble cierta mirada poemática. Mas no se atrevió a descubrir su pensamiento.

A la noche siguiente, luego de contemplar un instante con gran pena al enfermo, se decidió a confesar sus intenciones.

—Escucha, Ana... Napoleón se nos muere, se nos va sin remedio. Es una desgracia terrible, pero inevitable. Y yo he pensado... que sus botas de caza pueden prestarme un gran servicio en estos momentos. Mira cómo llevo las mías... ¿ves? De manera que si me haces el favor... Yo te lo agradeceré mucho.

Ana, tan complaciente, entregó las botas, y Manuel Sarabia, en medio de su pena, se las llevó tan contento. Se las puso y con ellas siguió subiendo diariamente los ciento treinta y siete escalones de casa de su hermano. Andaba con ellas que daba gusto: tan cómodas eran. Pero le enternecían, le hacían pensar en la pérdida irreparable de su hermano. A ratos, hasta le produ-

cían escalofríos. ¡Llevaba puestas las botas de un muerto!

Napoleón, en tanto, contra lo que se esperaba, no se moría. No quería morir o no podía. El caso es que la gravedad fué poco a poco desapareciendo y que al cabo de una semana comenzó a convalecer. Manuel continuaba, solícito, visitando al enfermo, pero no sabemos por qué pudor inefable trataba de esconder los pies a los ojos de su hermano. Al cabo un día Napoleón hubó de fijarse en las plantas de su deudo.

—Pero, oye, Manuel... ¿Qué botas son esas?

—¿Qué botas? Pues... tus botas, hijo, tus botas que... cuando estabas tan grave, muriéndote, lo que se dice muriéndote, pues... como te morías... en fin... tú te harás cargo...

Napoleón, dulcemente, invitó a su hermano a que le devolviese las botas. ¡Las tenía tanto cariño! No podía desprenderse de ellas.

Manuel manifestó que él también las había cobrado mucho afecto. Pero, en fin, si no había otro remedio, las devolvería. Y las devolvió con todo el dolor de su corazón. A decir verdad, con mucho más dolor que si, llegado el fatal desenlace que se presumía, no hubiese tenido que devolverlas.

J. Ortiz de Pinedo

Historia de la gracia en España.--- Prólogo.

No se alarme el paciente e impaciente lector creyendo que le vamos a amargar la existencia con un digesto crítico de la evolución de la gracia en nuestro venturoso país. No. El digesto suele ser todo lo contrario de lo que su nombre indica y no estamos por la labor de perturbar la hora del café al prójimo.

Nuestro propósito es menos importante, sin duda alguna, pero mucho más humano y más lícito, sin duda alguna también. Consiste, sencillamente, en resucitar los chistes más graciosos, y las caricaturas más afortunadas que han visto la luz en las revistas festivas españolas y que nadie conoce o todos han olvidado ya; una especie de epitome, compendio, pronuario o como ustedes quieran llamarlo, del ingenio nacional desperdigado estérilmente en la efímera versatilidad—flor de un día—de la hoja periodística. La frase nos ha resultado un tanto cursi, pero puede pasar. Adelante.

No diremos que el humorismo español sea el más fino del mundo, pero sí que es el más abundante. Y váyase lo uno por lo otro. Lo prueba el número enorme de publicaciones que constituyen el nomenclátor de nuestra gracia pública y lo prueba, asimismo, la cantidad, verdaderamente fabulosa, de chistes, "golpes", colmos, ocurren-

cias, salidas de tono, etc., etc., que representan nuestro buen humor privado.

Nosotros hemos de prescindir de este último manantial para beber exclusivamente en el primero. La tarea no es fácil, dicho sea en descargo de nuestra conciencia y como obligada salvedad de las faltas en que necesariamente tenemos que incurrir por haber Dios omitido, al crearnos, el pequeño detalle de darnos talento. Y no es fácil la tarea, porque como verán ustedes, si se toman la gran molestia de seguir leyéndonos, hay tela cortada para rato.



—¿Y qué tal te recibió el señor marqués?
—¡Phs! Me puso en la puerta de la calle.
—¡Hombre! ¿Es posible?
—Sí, me colocó de portero.

Librenos el señor de enumerar todas las revistas festivas satíricas y políticas publicadas en España durante el adorable siglo XX. Eso sería superior a nuestras fuerzas y a las de los lectores. Desde "La Risa", de Ayguals de Izco, hasta "Madrid Cómic", de Sinesio Delgado, pasando por "El Cascabel", "El Solfeo", "La Norma", etcétera, el número de publicaciones destinadas a hacer reír a los ciudadanos españoles se cuenta como los marcos alemanes, por millones. Ya lo hemos dicho, flores de un día...

De surtir de gracia a esas publicaciones se encargaron, entre otros "escritorzuelos" de menor cuantía, Martínez Villegas, Modesto Lahuente, Manuel del Palacio, Mariano de Cavia, José de Roure, Luis Royo Villanova, Francisco Navarro Ledesma, Antonio Palomero, Félix Méndez, Celso Lucio, José Estrañi y Félix Limendoux, entre los muertos, y Carlos Luis de Cuenca, José Lope de Silva y Luis Gabaldón, entre los que aun viven, y que sea por muchos años.

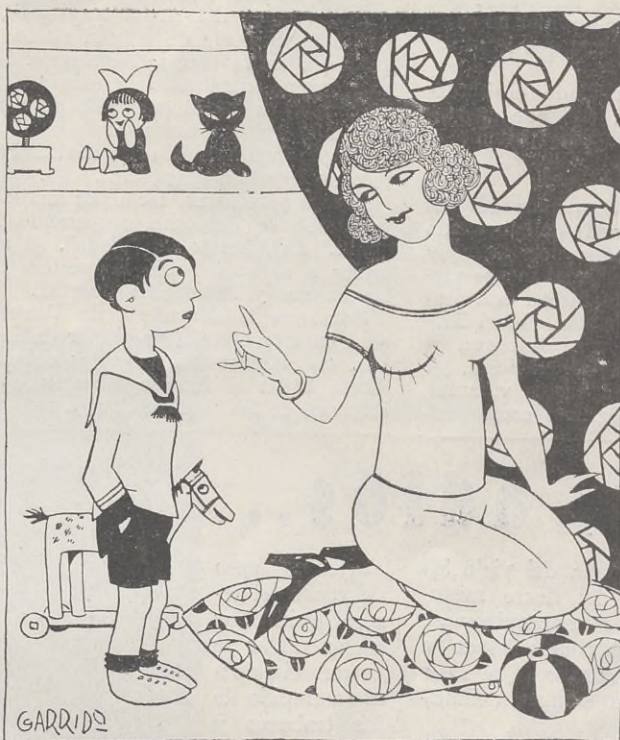
Los dibujos estuvieron en manos de Alenza, Ortego, Pedro, Perea, Fons, "Mecachis", Apelles Mestres, Gosi Cornet, Moliné, Urgell, Luque y Medina Vera, entre los que ya gozan de mejor vida, y Rojas, "Melitón González," Moya, "Silenio," Cilla, "Kari-Kato," Sancha y Xaudaró, entre los que aun siguen pagando a siete reales el azúcar de tasa y negándose a satisfacer, como es su sagrada obligación, el impuesto de inquilinato.

¿Les parecen a ustedes pocos escritores y pocos dibujantes? Pues añadan a ellos los que desde 1900 para acá manejan la pluma o exprimen el lápiz, y comprenderán el abundantísimo venero que acabamos de descubrir y cuyos caudales estamos dispuestos a aprovechar sin el permiso de los muertos y con la benevolencia de los vivos, para transmitir al lector esa serie infinita de chistes de verdadera gracia y de caricaturas de positivo ingenio que nos han acreditado ante el mundo, si no como los monopolizadores del humorismo fino—vuelvo a decir—como los proveedores únicos y exclusivos de la agudeza a ultranza, que es, en fin de cuentas, un medio como otro cualquiera—y de los más razonables, por cierto—para atravesar del modo más grato este mísero valle de lágrimas.

Bien quisiéramos no tener que recurrir a la fruta del cercado ajeno para hacer reír al público. Pero ¡ay! la Providencia no nos ha llamado por ese camino. La gracia es un privilegio reservado exclusivamente a los espíritus elegidos.

Y basta de prólogo, no vaya a decir el lector que si por las vísperas se conocen los santos, por las salvedades, advertencias y curas en salud se conocen las tabarras.

Marciano Zurita



—Tú eres un niño de corta edad, porque no tienes más que cinco años.

—Entonces Pepito, que sólo tiene tres, más corta todavía.

Las niñas del balcón

En la vetusta ciudad del Norte, todo nacido de madre tiene alma de humorista y sabe contestar con una buena pulla a cualquier mortificante alusión personal... La lluvia parece infiltrar allí en cada espíritu un diablillo travieso, retozador y burlón...

Allí oí contar esta amable anécdota liviana, luego la leí repetida entre las anécdotas y dichos graciosos del poeta lusitano Manuel María de Bocage, el Quevedo portugués...

Había en Vetusta un cierto "bardaje" muy afamado, que no hacía recato ni secreto de sus desviadas aficiones; antes bien las ostentaba como trofeos de gloria y diplomas de honor, exhibiéndose en todos lados, pomposo y florido, muy adamado en su perfil e indumento, muy varonil por el contrario en su cuerpo membrudo y recio, de carnes abundantes, ya tal vez un poco fofas al llegar la linde fatal del medio siglo...

Le evoco siempre pimpante y rubicundo, flor roja al ojal, muy afeitado y pulcro, paseando entre las callejuelas angostas y retorcidas, bajo los aleros de los caserones señoriales... Recuérdole ya "ajamonado" y con las patitas de gallo remarcándose mucho, pero siempre apuesto y gentil, contoneándose como una cortesana, exhalando femeniles perfumes de toda su capitosa y robusta humanidad.

Una tarde pasaba este honorable bardaje por una angustisima calle que en la vieja ciudad lluviosa enlaza la Plaza Mayor con una vía ancha y principal, moderna y concurrida... Llámase la calle de Jesús, y es de corto trayecto, lóbrega y tenebrosa aun en claros días, cuanto más en los nublados o lluviosos, tan frecuentes en la vieja ciudad del Norte...

Una de las aceras está alineada de casuchas bajas y ennegrecidas, donde se esconden tabernas humildes, fonduchos mediocres, hospederías de estudiantes pobres y sastrerías de infima laya... La otra acera está toda a lo largo ocupada por la enorme mole de la fachada lateral, negra y sórdida, de la iglesia de San Isidoro.

Una buena tarde, aquél extraviado pasaba por la callejuela tan pimpante y florido como siempre. Al balcón de la casucha más sórdida de la calle estaban unas modistas que, con aire alegre y guasón, comenzaron a hacer vaya y mofa del aberrado, tomando a irrisión sus contoneos femeniles y susurrándole con su tono de voz más meliflua:

—¿Dónde va la jamona tan peripuesta?... El invertido volvió sobre sus pasos y, sin darse por enterado, al parecer, sin mirar a las niñas del balcón, sino como obediendo a un propósito deliberado, entró por el portal obscuro del zaquizamí... Cerraron las modistillas el balcón apresuradamente entre risotadas y saltos de miedo, en tanto el pimpolludo sodomita trepaba escaleras arriba, tarareando una canción...

Llamó a la campanilla de la puerta y salió el sastre—porque las modistillas se refugiaron en un rincón de la casa, corridas y avergonzadas.

—¿Qué desea usted, don León?—preguntó con mucha ceremonia el alfayate. (Llamemos don León al manso cordero.)

—Que me vendieras un vaso de vino...

—¿Vino, don León? Sin duda usted

está hoy de guasa... De sobra sabe que la casa de este humilde servidor no es sino una modesta sastrería, que le ofrezco...

—¡Ah!—replicó impávido el bardaje—. Perdona, rapaz; creí que era taberna... Como tenías esos pellejos al balcón...

Años después, muchos años después ("¡ah, malhenreusement!") de haber oído tal anécdota humorística en la vieja ciudad señorial, oí en la no menos vieja y señorial ciudad de Lisboa esta otra anécdota alegre del poeta Manuel María du Bocage, a quien se atribuyen en Portugal tantos dichotes graciosos, ya rasgos de ingenio, ya soeces villanías, (muchas de ellas apócrifas) como ocu-

rrer con nuestro Quevedo en España...

Dos vecinas del poeta acostumbaban a hacer burla de él, con risitas y guiños, o entre carcajadas alegres. La más joven, sobre todo la más audaz, en ocasión en que Bocage salía de casa, dijo a la otra en voz alta:

—¡Qué figura más ordinaria!... Parece un zapatero de portal...

Bocage pareció no darse por aludido, y mordió su despecho, preparando la "pulla" mortificante, la "piada". Al regresar a su casa, subió la escalera de las vecinas y llamó a la puerta...

Como en la alfayatería de Vetusta, aquí en esta morada particular de Lisboa, no salieron las culpables del ludibrio hecho al famoso Elmacio, sino el padre de las "malcreadas" a respon-

der de cualquier deslíz que ellas hubieran cometido...

Elmano, glorioso y conocido en toda Lisboa, que no necesitaba presentación a nadie, interrogó al atolondrado "pater familias":

—Oígame, señor, ¿no es este un almacén de curtidos y material de calzado?...

—¡Un almacén de curtidos!... ¿Está usted loco, señor Bocage?...—exclamó estupefacto el anciano grotesco, sin entender.

—¿No lo es?... Pues dispénsame, pero creí que lo era porque como vi en esta casa dos "cueros" a la ventana...

A. González-Blanco

Simón, adiós...

Asistimos a la agonía del viejo Simón desvencijado, del fiacre misterioso de los folletines montepinescos; del negro cajón charolado atado a una caricatura de corcel. ¡Que Dios le ayude a hacerse astillas, definitivamente!...

Este siglo de los audaces cóndores mecánicos, de los autos atropelladores y de los trenes metropolitanos arrolla al coche de Simón González que se ha detenido en la vía del Progreso. Vertamos una lágrima sobre sus asientos color de aceituna que se van al cementerio de las cosas pintorescas.

Como un vagón de ferrocarril ha dictado sus memorias, a Zamacois, el coche de punto también debería legarnos su anecdótico. Todo el siglo XIX se ha paseado sobre sus muelles, en el misterio de su caja cerrada. Conoció las capas y los sombreros de tubo de los conspiradores y fué lentamente por las tapias del Retiro, góndola urbana de los amores de Larra y de su mujer fatal.

El simón a paso lento, con las obscuras cortinillas caídas, tenía el misterio escalofriante de un folletín. ¿Qué cosa inaudita, dramática o galante acaecerá en ese ambulante camarín?—se preguntaban los transeúntes.

A veces fué nido clandestino de amor y muchas, capilla de los suicidas. Recordamos un tiempo en que era moda suicidarse dentro de estos vehículos. Los desesperados dejaban su masa encefálica contra la ventanuca trasera, donde reza el número del carruaje. Era una propina impresionante con la que no contaba el auriga. Siempre que hemos tenido la intrepidez de tomar un simón, nos ha excitado la sensibilidad nasal el olor a cadaverina.

Varios coches de plaza se interpu-

sieron al paso del coche del general Prim. Sus viejas tablas se estremecieron al estampido de los trabucos y cayeron hechos añicos los cristales.

En la calle del Turco lo mataron a Prim.

Acaso desde el interior de un coche de plaza le veían caer sus enemigos terribles, los que silbaron al rey caballero, cuando fué a visitar el cuerpo del héroe de África en la basílica de Atocha.

De plantón en el punto era como un filósofo matritense; conoció los bailes de Capellanes, a cuyo holgorio solía conducir, con sus joyantes disfraces, a las damas alegres de los días isabelinos. ¡Oh, días del can-can, de las suripantas, de las barricadas y el tupé sagastino! En los amaneceres lívidos llevó muchas veces al campo, a varios caballeros. El popular Ducazcal, volvió tendido sobre esos verdinegros almohadones, con la cabeza atravesada. Conoce la estadística necrológica de cien años y ha sabido caminar con ritmo de marcha fúnebre, a compás de los penachos de los caballos de



EL FOTOGRAFO.—Pondremos otra silla, porque esa no me gusta. Además, esas patas hacen muy mal efecto.

EL PAPA.—(En la higuera.) Pues dígame cómo tengo que ponerlas.

la carroza junto a los coches de faroles enlutados, tras de carrozas de respeto, muchas veces. Ha tenido la cortesía de acompañar a su última habitación a esos huéspedes definitivamente estables, que son los difuntos. Políticos, guerreros, sabios y poetas ha visto en su último paseo ciudadano, entre honores militares, discursos y elegías rítmicas a base de ladrillo recocho cuando con el vientre inflamado los llevaban dentro de un cajón, que en el cortejo figuraba este otro cajón negro de Simón Gon-

zález. No faltaba a ninguna cita de la Actualidad, era el espectador inevitable de la vida pública.

Todos los aspectos de la época han palpitado alguna vez entre sus cuatro tablas. Bodas, bautizos y sepeños... El amor, los celos—el hombre verdoso que acecha dentro de un coche la puerta de su dama—los lances caballerescos de un siglo tan tumultuoso. El hombre-cochero tendrá que desaparecer juntamente con su

carroza. ¿Qué va a ser de esta pobre gente que sostenía diálogos absurdos con el jamelgo y que algunas veces vertía una lágrima sobre su compañero de hielos y soles, cuando se lo llevaban al sacrificio de la plaza de toros? Porque el automedonte es filósofo y sentimental.

Asistimos al triunfo de la mecánica. Aunque sea menos evocador y menos castizo preferimos el auto al cajón anacrónico. El automóvil bur-

gués se ha industrializado y está a nuestro alcance. Dentro de poco leeremos en los periódicos: "Ayer fué atropellado por un taxímetro de 0'80, el conocido y anciano Simón. Los restos fueron destinados a encender la lumbre".

Simón, ¡adiós!—decimos sollozando los amantes de lo pintoresco.

Emilio Carrere

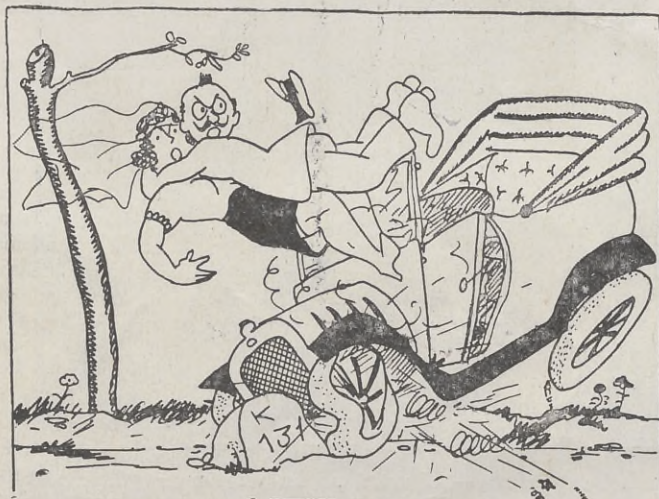
UN CONCURSO ORIGINAL

Esta Revista, según costumbre en las de su género, celebra un CONCURSO de chistes, el cual ofrecerá una nota original y altamente estimulante para el secular ingenio de nuestros lectores: los chistes más ingeniosos que se nos envíen irán ilustrados a todo color por nuestros más notables dibujantes, y se publicarán en los preferentes lugares de la primera y última plana. El manido concurso de chistes ofrecerá esta vez un nuevo encanto, y esperamos que la gracia popular deposite en él sus más preciadas y pintorescas flores.



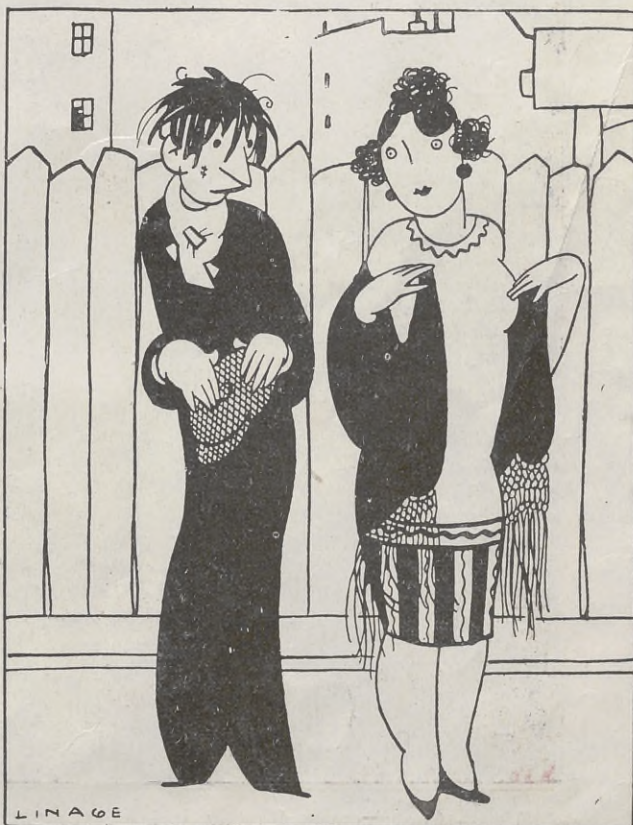
EL SEÑOR.—Y menos mal que hace buena noche. Está estrellado...

EL CHOFER.—Estamos, señorito... estamos...



ELLA.—Caballero, ¿por quién me ha tomado usted para abrazarme de esta manera?

Dibujo de BELLON.



—Conmigo has tarifao.

—Y tú conmigo, pelmaso; anda y que te pelen.



Uno.—¡Que si era mal estudiante! Ya ves cómo hasta después de muerto le han "suspendido"...

Portada de BELLON.

LA GRACIA

REVISTA COMICA



—¡Pero señá Petra! ¿Cómo no quiere que le pegue si siempre me está "provocando"?



ELLA.—¿Y usted no ha visto nunca "La noche del Sábado"?

EL.—¡Ay, señorita! Yo me acuesto a las ocho...